

Anatole France Bibliotecario

Por J. Frédéric FINO

Conferencia pronunciada en Montevideo, el 8 de noviembre de 1946, en la "Exposición del Libro Antiguo", organizada por AMIGOS DEL ARTE, conjuntamente con las "Jornadas Bibliotecológicas".

Señoras, señores:

Agradecemos con toda sinceridad a las autoridades de AMIGOS DEL ARTE, el habernos proporcionado el honor de tomar la palabra ante Uds., en este ambiente grato al bibliófilo. Vemos aquí un sorprendente caudal de tesoros bibliográficos y hemos creído que nuestro viejo maestro Anatole France se vería gustoso evocado en medio de los libros que tanto amó.

El se hubiera complacido en visitar, una y repetidas veces esta Exposición. Se hubiera detenido frente al majestuoso *Catholicon*, impreso por Gutenberg allá en el 1460, y habría recordado las páginas que su pluma consagrara al genio del "arte negro". Voluptuosamente, sus largas manos abaciales hubieran acariciado el suave grano de las encuadernaciones de marroquín. Sus dedos habrían despertado, de un papirotazo, la sonoridad del rígido papel de Holanda encolado, mientras que sus ojos seguirían los finos trazos de un buril o las sinuosidades de una aguafuerte.

Quizás, con su peculiar sonrisa, nos detallaría los encantos de alguna opulenta Venus semidesnuda, grabada sobre un frontispicio, recordando a Jacques Tournebroke a quien turbara una imagen semejante apercibida en la librería de M. Blaizot.

A buen seguro hubiera gustado conversar con la señorita Emma Brace-ras, sagaz autora del *Catálogo* de la Exposición y aquilatar, con su profundo saber, cada una de las eruditas acotaciones que lleva.

Tuvimos la suerte de conocer a France en París, hace muchos años, a raíz de una reunión de estudiantes. Eramos aún muy joven, pero su imagen no se ha borrado de nuestra mente y puede que el cariño que sentimos por los libros se deba, en gran parte, a su influencia y a las conversaciones que le oyéramos.

Por ello creemos un deber el evocar en esta propicia circunstancia la figura de aquel que, junto con Montaigne y con Voltaire, mejor representa el espíritu de la Francia inmortal y que podría resumirse en dos palabras: Humanidad, Claridad.

No vamos a trazar aquí una semblanza completa de France. Su vida intelectual fué larga y su producción se extiende durante más de medio siglo. No es de extrañarse, entonces, que ella presente rasgos muy diversos. No es posible estudiarla en bloc, pues corremos el riesgo de imputar contradicciones al autor, cuando en realidad nos hallamos ante sucesivas etapas de una mente en continua evolución. El único método razonable sería el cronológico, que Pierre Villey aplicara con tanto éxito a la obra de Montaigne, pero ello implica un largo estudio que rebasaría los límites de esta simple charla. Por tales razones, nos limitaremos a señalar cuál ha sido la orientación general de su espíritu, aquello que podríamos llamar "su molde externo". Cualquiera fuera el contenido —escéptico o dogmático— con que luego se llenara el molde, éste le comunicará su forma propia, es decir la forma que, con justa razón, se ha dado en llamar franciana.

Todos sabemos que la formación del hombre y especialmente del intelectual, se halla rigurosamente determinada por las circunstancias que lo preceden y que lo rodean. Tratemos pues de inquirirlas para el caso de France:

Aquel que, andando el tiempo, sería uno de los máximos escritores del siglo XIX, nace en 1844. En ese mismo año muere Charles Nodier, bibliotecario de l'Arsenal, autor de cuentos y ensayos bibliográficos realmente deliciosos y que parece ofrecernos un anticipo, una «épreuve avant- la lettre», del autor de *Thaïs*. En su hogar, France hallaba un pequeño compendio de la historia de su patria. El padre había sido Garde-de- Corps de la Restauración. La abuela, ofrecía un ejemplo perfecto de las damas del siglo XVIII, frívola, racionalista y lúcida. El abuelo era un veterano de Waterloo, gran lector de Volney. En cuanto a la madre, mujer franca y optimista, ella tenía todas las sanas virtudes del pueblo de Molière que realiza su trabajo alegremente, con cariño, sin vanagloriarse por ello y sin grandes inquietudes por el mañana. La familia formaba parte de esa pequeña burguesía francesa, moderada, enemiga de la afectación y algo casera. No eran ricos, pero gozaban de una posición desahogada que permitiría a nuestro autor crecer fuera de las angustias de la estrechez y sin sufrir las doradas trabas que una gran fortuna suele poner entre los niños y el mundo. Era un chicuelo como tantos, mezclado a la vida de una gran ciudad, que desde temprana edad pudo asistir a la marcha de la "máquina social" y que nunca tuvo motivo de considerarse como una ser de excepción entre los demás.

Su padre, librero en el "Quai Malaquais" y luego en el "Quai Voltaire", se interesaba particularmente por las obras referentes a la Revolución. Encariñado con ellas, redactó un catálogo histórico-bibliográfico de la importante colección de documentos que el Conde Henry de la Bédoyère había reunido sobre este tema y la obra, aún hoy, se consulta con provecho. La trastienda veía reunirse un grupo, pequeño pero selecto, de eruditos y hombres de letras cuyas conservaciones, aunque no siempre comprendidas, no podían dejar de influir en la mente del niño. Casi todos los contertulios, formado en el siglo XVIII, eran amables, corteses, indulgentes y algo escépticos, como cabe a quienes han visto sucederse, en pocos años, el Antiguo Régimen Absoluto, la Monarquía Constitucional, la Convención, el Terror, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración y la Monarquía de Julio...

Si el niño salía de la casa paterna, se enfrentaba con los célebres "quais" de París, encuadrados por el Louvre, el Palais de Justice y el Institut. Podía otear en los innumerables escaparates de los libreros de lance que ornar sus parapetos o bien, contemplar, las chalanas que, cargadas hasta el tope, se deslizan lenta y continuamente por el Sena. Este trozo de París, que se extiende desde el Luxembourg hasta la Cité, es quizás el más bello lugar de la capital del mundo. No produce esa extraña opresión que trasunta de las viejas mansiones de l'Île Saint-Louis, ni tiene la fiebre comercial de los barrios bursátiles. Sin la frialdad aristocrática de los Champs-Élysées, tampoco ofrece la turbamulta del radio de los teatros. Es un delicioso compuesto de actualidad y de pasado, de historia y de porvenir, de estudio y de acción.

En esa época, Francia gozaba de un período de paz y de prosperidad, a penas conmovido por algunas inquietudes políticas y sociales. Ellas estallarían en las jornadas de junio de 1848, pero en aquel momento no eran visibles y se hallaban eclipsadas por los dos grandes movimientos artísticos e intelectuales que llenan el siglo: el romanticismo y el historicismo.

Es verdad que para entonces el romanticismo puro ya entra en decadencia. Los parnasianos van a ocupar el primer plano, desplazando a los auténticos héroes de 1830; las truculencias de los fanáticos de *Hernani* pasan de moda y el arte tiende a volverse más impersonal e impasible. Ello es exacto, pero no lo es menos que se conservan todos los grandes aportes de la Escuela Romántica: afición a la historia —especialmente de la Edad Media y del Siglo XVI—, mayor amplitud en los horizontes artísticos, libertad para elegir temas, épocas o personajes y ruptura con aquello que el racionalismo clásico de los siglos XVII y XVIII podía ofrecer de excesivamente rígido y seco.

El historicismo, por su parte, arranca de la publicación de *Génie du Christianisme* (1802) y de *Les Martyrs* (1809). A través de las obras de Thierry, Barante, Guizot, Thiers, Fustel de Coulanges, Taine y Renan, el movimiento se prolonga hasta nuestros días. Se fundan los grandes centros

de estudios históricos: École des Chartes, École des Hautes Études, Écoles Française de Rome et d'Athènes. Comienzan a aparecer revistas como: *La Bibliothèque de l'École des Chartes*, *Le Bulletin du Bibliophile*, la *Revue Française de Numismatique*, la *Revue Critique*. . . La historia —sea bajo su faz literaria, sea bajo su faz erudita— todo lo invade, a todos interesa.

Tal es el ambiente que se forma Anatole France y la enseñanza que recibe refuerza la acción de éste. En la escuela estudió casi exclusivamente letras, como se estilaba entonces y, dentro de las letras, profundizó la literatura greco-latina así como la de los grandes clásicos del siglo XVII. Toda su vida sería un enamorado de Homero, de Virgilio y de Racine. Al mismo tiempo, las obras de los artistas contemporáneos producen su fuerte impresión en la mente del joven. En *La Vie en Fleurs* nos cuenta cómo, el día de su bachillerato, subió a las torres de Notre-Dame. A fuer de buen romántico deseaba contemular "París a vuelo de pájaro". ¡Llegó tarde a la mesa de exámenes! Esta formación principalmente literaria no le llevó, sin embargo, a desdeñar las ciencias y, refiriéndose a sus años juveniles, escribe en las obras antes citada: "las ciencias, separadas de las letras son mecánicas y brutales; las letras, privadas de las ciencias, son hueras, por que la ciencia es la substancia de las letras".

El amor hacia los libros, quizá heredado de su padre, no podía menos que desarrollarse en tales condiciones y, muy pronto, ingresó en la docta cofradía de los "papelófilos". A la edad de 15 años, siendo todavía alumno del Collège Stanislas, redacta su *Légende de Sainte Radegonde*. En ella nos resulta difícil reconocer las ideas que, más tarde, sustentará el autor de *Thaïs*, pero no podemos negar que se trata del trabajo de alguien que siente cariño hacia las cosas del pasado y que ha leído con detenimiento a Thierry, a ese mismo Thierry por el cual Sylvestre Bonnard tendrá marcada simpatía.

Nuestro autor mostró siempre poseer un espíritu "fino, penetrante, sutil, amplio, todo lo tenía, salvo un cierto grado de vigor".¹ Además, para emplear una fórmula que hubiera hecho estremecer su sensibilidad de escritor, diríamos que era "profundamente asistemático". De ahí que la naturaleza parecía predisponerlo a escribir —igual que Nodier— ensayos y crónicas bibliográficas, tales las que publicara en *Le Bibliophile Français*, revista aparecida en 1868 a 1873, bajo los auspicios del librero-editor Bachelin Desfloresne. Pero más predispuesto aún parecía para ser bibliotecario. En 1876 ingresó en la Biblioteca del Senado y en ella quedó hasta 1890. Bien sabemos que en ese puesto su trabajo distó mucho de ser ejemplar. A juzgar por un informe de sus superiores, la obra realizada por France en los catorce años que duró su desempeño, se resumía en una sola palabra: NADA. Sin pretender dictar un fallo en este episodio, ya que para ello nos falta la suficiente

¹ MICHAUT, G.: *Anatole France, étude psychologique*, 5ª ed. (Paris, E. de Boccard, 1922), pág. VIII.

documentación administrativa, cabe sin embargo, plantear un interrogante: ¿Se pensó, acaso, en utilizar la peculiar capacidad del escritor colocándolo en el puesto que, sin duda, era el que mejor le cuadraba: el de bibliotecario de referencias? No lo creemos, ya que según Reissig² la tarea que le correspondía era la de clasificador. Por otra parte, y hasta estos últimos años no ha solido reconocerse la imprescindible necesidad de que una biblioteca disponga de uno o varios referencistas. Por ende, quizás durante su permanencia, France haya prestado innumerables servicios en ese ramo, pero como las planillas administrativas no preveían el rubro, no era posible acreditarle su trabajo... el rigor burocrático conoce muchas injusticias semejantes. Lo que nos confirma en nuestro modo de pensar es un párrafo de Eugène Morel, escrito más o menos en ese entonces —en 1908 para ser exactos— y en el cual, aludiendo a las trabas que presentan para el estudioso las bibliotecas de Estado, deja entrever que los esfuerzos de la administración parecen dirigirse a impedir el uso racional de las capacidades. El trozo es algo largo, pero lleno de sabor, y merece leerse: “Parecería que el delirio ha presidido a todas esas organizaciones que, sistemáticamente, colocan al hombre apropiado allí donde no sirve. Que reservan los cargos de iniciativa para los viejos y, aquellos que exigen experiencia para los jóvenes. Que eligen a los debiluchos para acarrear libros y los analfabetos para oficinistas, destinan los periodistas a la parte de obras históricas y los paleógrafos a la sección novelas del día... He visto un establecimiento de Estado —supongamos que sea un colegio— donde todo esto se producía a la vez: un alemán había sido destinado a la pintura, un pintor a la administración, un latinista al alemán, un antiguo militar a la paleografía, un deportista a la elocuencia, un jorobado a la gimnasia. El hebreo había sido confiado a un paleógrafo y el rabino enseñaba heráldica. Para recibir a las visitas, dos personas: un sordo y un epiléptico. Un poeta llevaba la contabilidad y un matemático redactaba la correspondencia... Todo esto es tan cierto que no sé qué inventar para que Uds. no reconozcan la Institución. La jerarquía presupone, justifica, ese método. Ello es necesario para que un jefe sea respetado. ¿Con qué derecho, yo que no sé el hebreo, diría “hay que traducir así” a ese rabino que hace treinta años que lee el Talmud? ¿Cómo diría a ese poeta que esos versos son mediocres? En cambio, le doy a hacer sumas; enhorabuena, todo entra en la normalidad”.³

Repetimos que no afirmamos nada respecto al desempeño de France como funcionario, reservándonos el aclarar el punto si alguna vez volviésemos allá. Únicamente hemos querido plantear la cuestión pues el juicio radical sobre la nulidad de su obra bibliotecaria no parece condecir con el resto de su personalidad.

² REISSIG, L.: *Anatole France*, (Bs. As., *Anaconda*, 1933), pág. 125.

³ MOREL, E.: *Bibliothèques*, vol. II, (Paris, *Mercur de France*, 1908), págs. 363 y 376.

En efecto, nuestro autor es —por excelencia— un bibliotecario y dentro de las múltiples variedades que el tipo ofrece, es un referencista en humanidades.

Es bibliotecario por el cariño que siente hacia los libros. No sólo aprecia en ellos su contenido intelectual o artístico sino que gusta de cuanto atañe al volumen: la calidad del papel, la belleza de la tipografía, el grano de la piel que lo encuaderna, el talento de quien lo ilustrara o el nombre e historia de su dueño anterior.

Es bibliotecario por su amor hacia los recuerdos del pretérito. Gustoso aprobaría las palabras de Augusto Comte cuando éste dice que la Humanidad se compone, a la vez, de los vivientes y de los muertos y que son estos últimos los que mandan. Tiene el convencimiento de que el pasado persiste en el presente y se prolonga en el futuro. Fácil nos sería demostrarlo con citas tomadas de *Le Crime de Sylvestre Bonnard*, de *Le Jardin d'Épicure*, de *La Révolte des Anges*, o de *La Vie en Fleurs*. Como estas obras pertenecen a muy diversas etapas del pensamiento franciano, podemos afirmar que esa idea de continuidad estaba sólidamente arraigada en su espíritu.

Es bibliotecario por esa fruición que siente al leer un catálogo: "No conozco lectura más amena, más atrayente y más agradable", dice Sylvestre Bonnard refiriéndose a un catálogo impreso, como se estilaba entonces y como —al cabo de casi un siglo— vuelve a preconizarse hoy. Lo es también por ese dejo de orgullo profesional que asoma al destacar los perfeccionamientos aportados por su generación en lo que respecta a normas técnicas: "Ese catálogo peca, en verdad, por un exceso de brevedad y no ofrece el grado de exactitud que los archivistas de mi generación introdujeron, por primera vez, en tales trabajos..."

Es referencista, por su inmensa curiosidad que lo lleva a leer constantemente, a hojear los más extraños libros, a ubicar en una ficha o en un rincón de su privilegiada memoria, un sinnúmero de datos. Ellos pasarán a sus obras y serán la desesperación de los comentaristas empeñados en establecer el origen de cada uno de sus decires.

Es humanista en cuanto se interesa casi exclusivamente en el hombre, en las ideas y en su exposición. Cuesta trabajo imaginarnos a France como Director de un Museo de Paleontología o de un Instituto Oceanográfico. Su inteligencia asimila a las ciencias físico-naturales, pero únicamente le atrae lo humano y sus obras, especialmente si revisten la forma de libros. Pese a que sus lecturas y sus reflexiones le han convencido de que el hombre, y aún la humanidad entera, no ocupa en el Cosmos un lugar mucho más importante que el moho que se forma sobre los hongos, pese a ello su temperamento tiende a hacer de la obra del hombre pensante el único objeto digno de estudio. Ello explicaría, entonces, por qué la naturaleza ocupa tan escaso lugar en su obra. Sólo unas líneas aquí y allá. ¡Cuán lejos estamos de Chateaubriand, de Bernardin de Saint-Pierre y de Víctor Hugo, con sus des-

cripciones de "una noche en las selvas del Nuevo Mundo", sus estudios sobre "los bosques agitados por el viento" o sus efectos de "nocturno en el mar!"

Es bibliotecario también en su concepción del arte. A fuerza de leer ha llegado a la conclusión de que buscar originalidad en las situaciones es cosa imposible e inútil. El hombre posee recursos literarios o físicos muy limitados y todos han sido empleados ya. Suscribe plenamente a las palabras de Gautier cuando éste sostiene que el hombre ni siquiera ha sido capaz de inventar un octavo pecado capital. Del mismo modo, sus múltiples lecturas le han demostrado cuán vano es perseguir la originalidad en la expresión. Los anaqueles de su biblioteca le brindan numerosos ejemplos de escritores que creyeron ser novedosos sin saber que muchos otros ya lo habían sido apelando a los mismos procedimientos. No hay artificio de retórica ni frase rebuscada del cual no pueda citar varios casos en distintas épocas y países. En tales condiciones, su obra consistirá en exponer las ideas y reflexiones que sus libros o los acontecimientos le sugieran y, para ello, buscará el estilo más simple, más claro y más comprensible que sea dado hallar. Es, en parte, la teoría de los grandes clásicos del siglo XVII, con su profundo desdén hacia la originalidad de invención, su indiferencia hacia el plagio, su búsqueda de la frase clara y su culto de la literatura razonante e intelectual. Es la teoría de los clásicos, decimos, pero es también la de un bibliotecario humanista.

La obra de France concuerda plenamente con esta postura espiritual. Como crítico literario, su obra máxima se halla constituida por los cuatro volúmenes de *La vie Litteraire*, colección de artículo publicados, de 1886 a 1892, en *Le Temps*. Son estudios dispersos, escritos al azar del momento. Estudios en los cuales no se propone sostener una teoría o edificar un conjunto, sino simplemente relatarnos las impresiones que él, France, resintiera ante el libro o el hecho que provocara el artículo. Hubiera sido incapaz de escribir una Historia de la Literatura Francesa, pese a conocerla como pocos, porque su espíritu discontinuo — en el sentido matemático del vocablo — se oponía a ello. Además, su gran práctica de bibliotecario le ha enseñado cuantas mutilaciones es menester hacer sufrir a los hechos para encuadrarlos dentro del plan de una obra definida.

Igual característica presentan sus novelas o ensayos. Los personajes son todos, en mayor o menor grado, hombres de conversación, que exponen y discuten ideas o teorías. Abundan la gente de libros y, cierta vez, dijimos que France había introducido en la literatura un tipo poco frecuente de hallar en ella: el bibliotecario⁴.

⁴ De primer intención, sólo encontramos en las letras francesas dos personajes que sean bibliotecarios — oficiales o no — y que desempeñen un papel asaz importante: el "pédant Hortensius" en *La Seconde Surprise de l'Amour*, de Marivaux, y el "oncle Tom" en *La Bi-*

He aquí a M. Sylvestre Bonnard, membre de L'Institut. No es un bibliotecario profesional, pero su casa toda es una biblioteca. Los libros la invaden íntegra, pese a las protestas de su ama de llaves Thérèse que le reprocha llenarla con "nidos de polilla". No puede pasar ante el escaparate de un librero sin comprar uno o dos volúmenes que siempre le habían hecho falta, aunque jamás lo hubiese advertido antes. Bonnard es algo quisquilloso en lo que atañe a su obra intelectual. Es éste, quizá, su único punto sensible. Ya hemos citado su opinión respecto al aporte hecho por su generación en las técnicas catalográficas. He aquí otra de sus apreciaciones: "Contaré, a buen seguro, entre los diez o doce eruditos que revelaron a Francia sus antigüedades literarias. Mi publicación de las obras poéticas de Gauthier de Coincy inauguró un método juicioso e hizo época". Comprenderemos entonces que el venerable paleógrafo se indigne cuando oye, por casualidad, a un joven estudiante, hablar irrespetuosamente de ella. Pero, pronto, viene la reflexión. Bonnard recuerda que él también ha cometido similares irreverencias con sus maestros y entonces perdona. Cuando, un día, el joven temerario le consulta sobre un difícil problema histórico, Bonnard no vacila en suministrarle notas, informes y documentos que obran en su poder. El digno erudito no ha tenido complicaciones sentimentales en su vida, salvo la "bleuette" con Clémentine, y él mismo dirá de su existencia: "Quien poco vive, poco cambia, y no es vivir mucho el gastar sus días sobre viejos textos". Bonnard, como todo hombre instruido es algo escéptico. Contesta a Mlle. Préfère que, admirada ante la cantidad de libros que posee, le pregunta si los ha leído a todos: "¡Ay! ¡Si! y es por eso que nada sé. No hay uno sólo de estos libros que no desmienta al otro, de modo que, habiéndose leído a todos, ya no sé qué pensar". Su placeres son delicados; a más del que procura la lectura de un catálogo, aprecia: "el de conversar con un hombre de espíritu sutil y moderado; el de comer con un amigo". Por último, notemos que es ligeramente egoísta: de ahí la minuciosidad con que encomienda a su ama de llaves el auxiliar a la pobre vecina Mme Cocoz, a la par que le ordena negarlo si viese a molestarle.

Tenemos luego el abate Jérôme Coignard, doctor en teología y "licencié és arts". Hombre de vasta cultura, conocedor profundo de las dos antigüedades clásicas, ha frecuentado, cuando joven, la librería de "La Bible d'Or", a la par que enseñaba elocuencia en el Colegio de Beauvais. Más tarde, bi-

bibliothèque de mon oncle de Toepffer. Escenas en que, accidentalmente, intervengan bibliófilos, bibliotecas y bibliotecarios, hallamos en: *La Librairie de Saint Victor* (Rabelais, L. II, c. VII); *Del donoso escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo* (*Quixote*, c. VI); la biblioteca del convento de ... (Montesquieu, *Lettres Persannes*, L. CXXXIII a CXXXVII); la del noble veneciano Pococurante (Voltaire, *Candide*, c. XXV). Ello, agregado al trozo de La Bruyère sobre el bibliófilo, a algunos rasgos dispersos en los escritores latinos y al "bibliómano ignorante" de Luciano, constituye quizás todos los antecedentes literarios que existan sobre los hombres de libros. Son escasos.

bliotecario del señor obispo de Séez, ha redactado el catálogo de los códices reunidos por el prelado. Este catálogo forma dos volúmenes in folio, encuadernados en marroquí rojo, con cantos dorados y el escudo del propietario. "Me atrevo a decir que es buen trabajo", comenta el abate. Por último se encargará de traducir papiros griegos en la magna Biblioteca Astaraciana.

Coignard es más sanguíneo que Bonnard. La lucha que sostiene con M. de la Guéritaude y sus lacayos es buena prueba de ello. Sus pasiones son vivas, su temperamento ardiente y sensual. De ahí las dificultades que le obligan a dejar el Colegio de Beauvais, la Biblioteca de Séez y aún la Astaraciana, para finalmente causar su muerte en el camino de Lyons. Coignard es combativo; varias de sus conversaciones — especialmente en *Les opinions* — son ataques directos a determinadas instituciones o costumbres. Ellas hubieran provocado una sonrisa o un aforismo de Bonnard; en el abate dan pie a un discurso, a un verdadero alegato.

Con todo, la figura de Coignard así como la del académico, es eminentemente simpática. Son personajes de exquisita bondad.

El "père Sariette" de *La Révolte des Anges* es un tipo totalmente distinto. Es archivista-paleógrafo y bibliotecario rentado de la familia Esparvieu, cuyas colecciones aúnan varios miles de volúmenes. Es hurafío y maniático. Ha inventado una clasificación tan compleja que sólo él la entiende; defecto que — según me dicen mis expertos colegas — suele ser común en esta suerte de invenciones personales. Cada vez que debe prestar un libro de su colección, aún a los Esparvieu, los legítimos propietarios, busca mil falaces pretextos para negarse y cuando, al fin, se ve obligado a ello, sufre como si le arrancasen un trozo de sí mismo. Esta pasión llega al extremo de que no vacila en matar a su mejor amigo, el librero Guinardon, para entrar nuevamente en posesión de un ejemplar sustraído a su biblioteca. Pero también ¡qué ejemplar! Nada menos que un *Lucrecio*, anotado de la mano de M. de Voltaire y encuadernado con las armas del Grand Prieur de Vendôme. A raíz de este crimen y de los robos que el angel perpetúa en la biblioteca, Sariette se vuelve loco.

El sabio egiptólogo M. Pigonneau es igualmente un personaje curioso. Este breve cuento, publicado junto con *Balthasar*, constituye la crítica más certera, irónica y mordaz, la caricatura mejor lograda, de ese inútil revolver de papeles viejos que, para muchos, constituye la "verdadera historia". La primera producción del distinguido hombre de ciencias, lo constituye una *Memoira sobre un mango de espejo egipcio del Museo del Louvre*. Luego consagra un estudio, asaz voluminoso, a una de las pesas halladas en 1851 en las excavaciones del Serapeum, obra que le abre las puertas del Institut. Pensó entonces abarcar en una obra conjunta, las pesas y monedas en uso en Alejandría bajo el reinado de Ptolomeo Auleta (años 80-72 antes de Cristo). "Pero pronto comprendí que un tema tan general no puede ser tratado por un verdadero erudito y que la ciencia sería no podría abordarlo sin riesgo de com-

prometerse en toda suerte de aventuras. Comprendí que, si se consideran varios objetos a la vez, se sale de los principios fundamentales de la arqueología. Si ahora confieso mi error, si confieso el inconcebible entusiasmo que me inspiró esa concepción totalmente desmedida, lo hago en provecho de los jóvenes que aprenderán por mi ejemplo a vencer la imaginación. Ella es nuestra más cruel enemiga. Todo investigador que no ha logrado ahogarla en él, está irremediablemente perdido para la erudición. Aún tiemblo pensando en que abismo mi aventurero espíritu iba a precipitarme. Estaba a dos dedos de mi pérdida ¡Que caida! ¡Iba a dar en el arte!". M. Pignonneau consagra entonces todos sus afanes a escribir un volumen titulado: *Del tocado de una idama egipcia durante el Medio-Imperio, según una pintura inédita*, obra en la cual no aparece ninguna idea general, ninguna vista de conjunto, ninguna síntesis. Es decir que hace una obra de historia pura y científica.

Pero France no se contenta con ridiculizar esa estrecha concepción: quiere mostrarnos cuan frágil es la pretendida austeridad de tan respectables eruditos. M. Pignonneau encuentra en una conferencia a una linda chiquilla, tan linda como travieza... El docto egiptólogo termina escribiendo un cuento humorístico — con derroche de imaginación — para satisfacer un capricho de la rapazuela. Es un ejemplo más del viejo relato medieval en que vemos a Aristóteles, sumum de la filosofía, vencido por un rizo rubio.

Muchos otros personajes similares podrían ser enumerados. El abate Lantaigne en *L'Orme du Mail* es "una biblioteca viviente" que conoce al dedillo las Decretales, las decisiones de los Concilios y la opinión de los Santos Padres. M. Bergeret, el docto profesor de la Facultad des Lettes, hace el siguiente discurso a su nuevo perrito Riquet, algo barullero: "Sabed pues, amigo Riquet, que ésta es la casa del silencio y la morada de la meditación. Si te place quedarte, hazte bibliotecario. Cállate". En el prefacio de *L'Île des Pingouins*, nos presenta a M. Fulgence Tapir, quien se jacta de poseer "todo el arte, me entiende, todo el arte, puesto sobre fichas ordenadas alfabéticamente y por materias." Y M. Tapir muere de la manera más indicada para un bibliotecario: un desperfecto en los muebles hace que las fichas se desparrramen, sumergiéndole y ahogándolo...

Tournebroche termina su vida como librero, sucesor de M. Blaizot, "A l'Image Sainte Catherine". En *La Vie en Fleurs* hallamos la bella figura de M. Dubois — el hombre más inteligente que France dice haber conocido — tan vinculado con los libros. Junto a él, la caricatura del "Père Le Beau", coleccionista endiablado, "capaz de colocar un patíbulo entre las piezas de su gabinete que pasa su vida catalogando y haciendo fichas. Hasta Jean Servien que, en cierta forma, se acerca externamente a los libros; es hijo de un encuadernador.

Idénticas características hallamos en cuanto al escenario de sus novelas. Con suma frecuencia este es un ambiente con libros. Ni que hablar de *Le Crime de Sylvestre Bonnard*, ello es por demás evidente. En *La Rotisserie*,

gran parte de la acción se desarrolla en la librería de M. Blaizot y en la prodigiosa biblioteca reunida por M. d'Astarac. En *La Révolte des Anges*, la biblioteca es el lugar donde se inician casi todos los acontecimientos: unión de Mauricio y de Mme. des Aubels, instrucción de Arcade, tribulaciones de Sariette... Numerosas escenas de la *Histoire Contemporaine* se sitúan en el gabinete de trabajo de M. Bergeret o en la librería de M. Paillot.

Paralelamente, abundan las descripciones de bibliotecas y ellas han sido hechas con verdadero amor. Citemos sólo un fragmento, a propósito de la colección Esparvieu: "Otras bibliotecas contienen con más abundancia, aquellas encuadernaciones venerables por su antigüedad, ilustres por su origen, suaves por el grano y el tono de la piel, valiosas por el arte del dorador que, por medio de hierros, ha trazado los filetes, las puntillas, los florones, los foliajes, los emblemas y los escudos que, de su suave lustre, encantan los ojos sabios. Otras pueden encerrar un mayor número de manuscritos, ornados por un pincel veneciano, flamenco o "tourangeau". Ninguna la sobrepasa en bellas y buenas ediciones de autores antiguos y modernos, sagrados y profanos".

La intriga, en las novelas de France, es sumamente débil. No podemos decir que la búsqueda del manuscrito del "clero Jehan Toutmouillé" sea lo que confiere verdadero interés a la primera parte de *Le Crime... En Thais*, el capítulo central de la obra es el famoso banquete en que los comensales disertan sobre filosofía y literatura. *Le Jardin d'Epicure*, obra que quizás es la que mejor resume una época de su pensamiento, ni siquiera tiene el nexo de una débil trama. Son reflexiones, que raramente ocupan más de una página, inspiradas al azar de sus lecturas. Casi diríamos que son papeletas, apuntes, como aquellos que, en su torre del Périgord, Montaigne agregaba al final de un libro después de haberlo leído.⁵ ¿No es todo ello peculiar de un bibliotecario?

Por último, su idioma es el de un verdadero erudito, lleno de sugerencias, de recuerdos y de veladas reminiscencias. Desde luego que no incurre en el abuso de la alusión mitológica que aleja de nosotros a tantas obras de La Pléiade. Sin embargo, supone una buena cultura por parte del lector a fin de ser plenamente captado.⁶ En cuanto al estilo, éste es simple y diáfano. Nada de colores vivos ni de acrobacias verbales. Ellas no son frecuentes en la conversación y los personajes de France conversan continuamente. No hay calculadas antítesis ni frases rebuscadas. Una corriente de razonamientos que se suceden los unos a los otros y que, gracias a la forma simple en que se hallan expresados, parecen fluir naturalmente del hecho o de la circunstancia que los origina. En esto nos parece residir otro de los grandes aportes

⁵ MONTAIGNE, M. de: *Essais*, L. II, c. X, in fine.

⁶ Véase, por ejemplo, a propósito de la comparación entre el *Diccionario* de Freund y Mme. Bergeret, lo que apunta MICHAUD, G.: *op. cit.*, pág. 121.

de France. Ha tomado para sí la tarea de leer múltiples infolios "doctamente ilegibles", tan indigesto en su contenido como pesados en su presentación material. Los ha resumido, compendiado, y nos presenta, en una página alerta y clara, toda la "substantificque moëlle". Al vertirlas al francés —es decir en idioma agil, puro e intelegible— ha tornado accesible un sinúmero de ideas que, hasta entonces, eran propiedad exclusiva de un pequeño grupo de eruditos. Ha sido pues, una vez más, un perfecto bibliotecario de referencias.

Tal nos parece ser la "facultad maestra" de France: el espíritu bibliotecario. Ella moldeó su obra y explica sus distintos aspectos.

Una embriaguez de conocimientos y de saber recientemente adquirido, la "fuerte encefalitis" de que habla Renan, le hizo adorar la Ciencia y sus posibilidades. France estaba leyendo a Laplace y a Darwin. Un día se pone a contemplar, en conjunto, los libros reunidos en las anaqueles: filosofía y ciencias sociales. Las contradicciones que aparecen entre tantas doctrinas opuestas, explican sus obras radicalmente escépticas. Cuando visita su hemeroteca, las noticias del momento invaden su despacho: entonces se vuelve dreyfussard y anti-nazi.⁷ Más tarde, se interesará por los movimientos de extrema izquierda. Al final de su vida, una nota de amargura trasciende en su obras; es que ha recorrido toda la biblioteca y nada ha hallado. Es la confesión de un viejo bibliotecario encanecido en el oficio.

Señoras, Señores:

Hemos llegado al término de esta charla. Nuevamente deseamos agradecer la amable atención y la gentil acogida que nos habéis dispensado. Ella confirma vuestra tradicional hospitalidad, tan grata para nosotros, habitantes del país hermano.

Sólo nos cabe esperar que nuestras palabras no hayan sido del todo indignas de esta hermosa muestra bibliográfica y de las circunstancias que la hicieron relizar. El Protector de los Pueblos Libres, al firmar el decreto de fundación de la Biblioteca Nacional, decía "Sean los Orientales tan ilustrados como valientes". Aquí rodeados de estos bellos e históricos ejemplares, y frente a este selecto auditorio de personas reunidas para estudiar problemas de bibliotecología, tenemos una vez más la prueba de cuan fielmente fueron cumplidas las palabras del Caudillo.

J. Frederic Finó.

⁷ Con toda intención incurrimos en el anacronismo: antisemita, reaccionario, nazi, etc., son distintos vocablos para designar una sola y misma cosa.